

LIBROS

Ramón Pérez de Ayala en la novela española

A la atareada preocupación literaria de Andrés Amorós se deben dos ediciones recientes de Pérez de Ayala —*Tinieblas en la cumbre*, Clásicos Castilla, y *La pata de la raposa*, Editorial Labor— que reclaman doble atención porque, aparte de contribuir a la imprescindible rehabilitación o, al menos, desvelamiento de la novelística de Ayala, las reediciones en cuestión vienen a poner al alcance de la mayoría obras de difícil acceso que se contaban hasta ahora entre las menos conocidas del autor. A las respectivas introducciones de Amorós nos remitimos para una completa información de la vida y la obra de Ayala, tema que cuenta con una bibliografía espléndidamente escasa si se la compara con la referente a otros compañeros de generación. Amorós ha hecho un trabajo cuidadoso y directo, imprescindible para el nuevo lector de Ayala, pero también base sólida para ulteriores desarrollos.

Ayala es para las jóvenes generaciones, como recuerda su actual prologuista, el escritor tardío que publicaba en «ABC» artículos abstractos, sabios y fósiles, en aburrida proporción. Sobre el resto de su obra ha caído uno de los velos de olvido más injustos e interesados entre los varios que oscurecen la literatura española contemporánea. Y ello es así, tal vez, porque Ayala pertenece al sufrido género del escritor-símbolo al que se desliga de su obra para recordarle sólo en función de su relieve humano y de su significado público. Como modelo de escritor intelectualista y anticlerical, Ayala se ha visto a un tiempo rechazado por la derecha y por la izquierda, de cada banda por su cuenta y razón. No me propongo discutir aquí sobre la por demás sinuosa personalidad del que fue embajador de la Segunda República y articulista de «ABC», porque, aparte de ser estas pendencias ajenas a la literatura, su caso es especial por diversas razones. Entre ellas, que Ayala —como Azorín y tantos otros— sobre-

vivió demasiado, biográficamente hablando, su etapa literaria verdadera e importante. Entiendo que Ayala fue un escritor de primer orden en el cuarto de siglo inaugural; que alentó su propia definición española partiendo, como ha señalado Garagorri, de la experiencia nueva que se abre en la llamada crisis de 1917 y alcanza el derrumbamiento republicano, y que luego sobrevivió tan sólo.

Pero centrándose en su obra en ese primer cuarto de siglo largo se impone, sin embargo, una rehabilitación que permita conectar su figura en el panorama de la literatura posterior. La novela española del gran realismo —naturalismo incluido— no tuvo descendencia legítima. Hasta que Valle-Inclán reanuda la dignidad narrativa precisamente al filo de ese cuarto de siglo, no hay otra solución de continuidad con los maestros del XIX que una difusa novelaría oscilante entre el zolismo pasado y el lirismo prosaico, valga la expresión. Valle fue el suscitador, si no el inspirador, de la posterior rehabilitación de la narrativa española en una etapa tan extensa que, me parece, no se ha cerrado aún. Pero entre él y los maestros está Pérez de Ayala proyectándose, a su vez, hacia el futuro, por más que se le quiera ignorar. En otra parte he señalado que su «Belarmino y Apolonio» —novela verdaderamente singular y aislada como una roca señera en el horizonte de su tiempo— es un precedente inevitable, aunque no digo yo que imputable, de los intentos por rehacer el lenguaje narrativo llevados a cabo en varias direcciones, pero incluyendo, desde luego, el realizado por los escritores del último realismo. Significativamente, Amorós, en su habilidosa clasificación de las obras de Ayala, coloca al Belarmino bajo el apartado «el lenguaje». Pero aún habría otros aspectos a los que creo que, bajo la ancha solapa del olvido, deben sus cuentas más de cuatro, algunos bien notables.

Los dos motivos de la marginación de Ayala suele entenderse que fueron la condición «intelectualista» de su novela y su «anticlericalismo» casi manifiesto. Respecto al primero, confieso que no sé bien lo que se quiere decir con «novela intelectual» si se carga el adjetivo de intención peyorativa o se le confiere matiz de antiliterario. Ayala, es cierto, fue un intelectual, y su novela se resiente de un cierto excursionismo trascendente y de un tono reflexivo que la

endurece o la diluye en alguna medida. Pero esto es algo que le pasaba también, si no recuerdo mal, a Quevedo o a Cervantes y no suele negárselos, en cambio, la credencial de novelistas puros porque en sus obras vayan entretrejidas lucubraciones teológicas, acentos classicistas o expansiones en verso. Quien haya leído Belarmino, las tres novelas poéticas, Tigre Juan, El curandero de su honra, etcétera, sabrá con qué solidez y eficacia está construida la novela de Ayala. La novela es inservible narrativamente sólo cuando la prosa es, en el fondo, ensayo disimulado, y este es un caso, por cierto, bien frecuente entre nosotros. Pongo, por poner alguno, el caso típico del sublime amanerado Pompeyo Gener y la legión de sabidillos, gramáticos, científicos, politólogos, etcétera, que desfilaron por aquella



época y por esta que vivimos. La novela era en todos estos casos ensayo, cauce de ideas e intenciones concretas, como todavía hoy lo es alguna de Francisco Ayala o el teatro de Lalin o cierta poesía.

La otra causa —esta vez por la banda derecha— es su anticlericalismo. Pasa con Pérez de Ayala lo que con Valera, Clarín o Galdós, los tres, a mi entender, maestros suyos más o menos próximos. El tema del anticlericalismo anda necesitado por su parte de un estudio que no se pare en la apología o el ataque. Por mi cuenta lo he referido hace poco, a propósito de don Juan Valera, a la ancha herencia ideológica del liberalismo político español, cosa que Amorós señala a su vez. Se trata, en resumen, de que la postura anticlerical forma parte de la constelación ideológica que

va cuajando desde el XVIII —por lo menos— alrededor del espíritu de libertad combatido por la Iglesia española, como es notorio, con rigores que no pocas veces alcanzan la verdadera saña. Los liberales españoles son anticlericales por sistema... político, es decir, porque la política del clero consiste históricamente en oponerse a la libertad. Pérez de Ayala, como Valera, como Clarín, no es un espíritu antirreligioso, a mi entender, sino forzado adversario del clero en cuanto fuerza política decisiva, esto es, de una Iglesia nacional que, por carecer de oposición y saludable competencia, acabó en la más radical y ambiciosa intransigencia, buscando alianzas peligrosamente antisociales.

Convengo, en todo caso, en que el caso de Pérez de Ayala es algo especial en la medida que su crítica anticlerical casi se puede decir que exclusivamente es antijesuitismo, otra hijuela dieciochesca que casi cabe incluir en el capítulo de la mitología hispana por lo desproporcionado de las fabulaciones. La aversión por los jesuitas fue muy fuerte en la época de la adolescencia y juventud de Ayala, y este es otro dato a tener en cuenta y a comparar, además, con el tono general de la subliteratura del naturalismo bastardo. En este sentido, las dos obras ahora reeditadas son un testimonio interesante, pero no aislado —a pesar de su escandalosa fama—, y que conviene contemplar dentro de la tradición satírica que, arrancando del barroco, fluye hasta nuestros días a través de canales curiosamente diversos. De ahí, entre otros motivos, su interés actual.

Hay que señalar, en fin, que *Tinieblas en la cumbre* es una obra prácticamente desconocida, y que con *La pata de la raposa*, su continuación, constituyen un elemento imprescindible para entender el alcance real de la crítica de Ayala y, sobre todo, el sentido de su vituperada *A. M. G. D.*, que, como Amorós, creo simple explicación teórica del argumento autobiográfico que empieza con aquellas y termina en *Troteras y danzaderas*. En lo que ya no estoy tan de acuerdo con el meticuloso editor es en adscribir la crítica de Ayala a una órbita estrictamente personal, suponiendo que la crítica encerrada en este ciclo autobiográfico no trasciende a crítica española en sentido social y, en cierto modo, heredera del 98. Entiendo que —como Ortega, Gómez de la Serna y algún otro— Ayala es, efectivamente, un 98

tardío y corregido, cosa que, por supuesto, no se limita a una cuestión de clasificaciones superfluas. Cuenta Pérez Ferrero que cuando Pérez de Ayala se afincó en París anduvo traduciendo la *Vida de Atico de Cornelio Nepote*, en la idea de que el romano representaba el canon del intelectual que atraviesa los más agitados periodos de la historia de su patria «sin perder su conciencia y su actividad intelectuales». Es una buena pincelada sobre el rostro difuso de la personalidad pública de Ayala y de otros parecidos. El «utopismo frecuente del estamento intelectual» de que habla finamente Garagorri en su introducción a los *Escritos políticos* de Ayala, se transparenta, en efecto, en la actitud de estos liberales casi puros —en el sentido histórico del término— que se han confundido por ignorancia o adrede con ideólogos de más recios vuelos revolucionarios. Pero no debe confundirse, además, la ingénita debilidad y el utopismo de ese terrible liberalismo con la inhibición crítica. Este tipo de «intelectual» hizo su crítica posible y la hizo con pasión. Otra cosa es que luego, políticamente y en la concreta emergencia española, su ideal de libertad se revelara bisnieto de Platón, abizcochado y plegable. Ayala se hundió personalmente cuando se fue a pique ese liberalismo histórico en bloque durante el naufragio de su última oportunidad: la República burguesa o, como se puntualiza últimamente, la República de derechas. En sus buenos tiempos, sin embargo, la crítica de Ayala, y no sólo en su aspecto anticlerical, fue un elemento tan irritante como corrompido. Creo, por ejemplo, que pocos como él —véase *Política y toros* y *Escritos políticos*— supieron pecararse de las claves de la política española del período, descubriendo, además de la tara clerical, el riesgo de la política castrense y las dificultades del sistema de alianzas económicas.

Ahora tenemos ocasión de empezar por el principio, asistiendo a los inicios de su crítica anticlerical, comprendiendo sus razones, que no fueron pocas. Quizá después quede abierta la posibilidad de una rehabilitación más completa y menos apriorística de Ayala y de otros que, como él, vienen siendo reducidos, por el gibarismo de los inquisidores, de los tertulianos y de los lectores de solapa, a una imagen que no es la suya. ■ JOSE A. GÓMEZ MARÍN.